

NUESTRO COMBATE CULTURAL

POR

JEAN OUSSET

Presidente del "Office International".

Con ocasión de la inauguración de la "Casa de la Cultura", de Amiens, el 19 de marzo de 1966, M. André Malraux, ministro de Estado, habló de la cultura en unos términos tales que, nos parece, indican exactamente lo que esta última tiene de esencialmente subversivo.

"... Hasta entonces, se dijo, la significación de la vida venía dada por las grandes religiones, y más tarde, por la esperanza de que la ciencia reemplazaría a las grandes religiones; cuando hoy en día ya ni el hombre ni el mundo tienen significado, si la palabra Cultura tiene algún sentido es el equivalente a lo que al rostro de un ser humano responde su espejo cuando mira en él lo que será su faz de muerto. La cultura es lo que contesta al hombre cuando se pregunta lo que hace sobre la tierra..."

"El papel de la cultura, en su actuación profunda —había dicho anteriormente M. André Malraux (1)— corresponde a lo que en otro tiempo era la religión."

Más aún...: "La cultura es lo que permite dar fundamento al hombre, cuando ya no está fundado sobre Dios" (2).

Textos perentorios, si los hay.

Porque, en primer lugar, manifiestan inequívocamente, a nuestros ojos de creyentes, de qué "espíritu" procede y hacia qué "espíritu" se ordena la tal cultura.

(1) Citado por *Le Courrier de l'Ouest* de 19 de octubre de 1965.

(2) André Malraux a la Asociación de parlamentarios de lengua francesa. Cfr. en *Le Monde* de 1 de octubre de 1967.

Y porque permiten, en seguida, discernir mejor su argumento.

En efecto, cualesquiera que sean las posibilidades de interpretación divergentes, siempre resulta que la tal "cultura" puede incluir todo... Incluir todo lo que el hombre tiene derecho a considerar cuando se pregunta (*dixit* Malraux) lo que hace sobre la tierra.

Pero incluir todo..., menos Dios. Incluir todo..., menos la religión (a la cual se nos dice que la cultura tiene la misión de sustituirla). Incluir todo..., salvo lo que pueda dar una significación del hombre y del mundo. Incluir todo..., salvo lo que en medio del laberinto de las civilizaciones pudiera ser el hilo de Ariana de las mismas. Es tanto como decir: incluir todo..., salvo un principio y fundamento, salvo un elemento de verdad perdurable, salvo un punto de referencia, salvo lo que puede permitir un auténtico juicio de valor.

La prueba es que esas citas de Malraux no tienen a juicio de un eminente revolucionario más valor que el de una referencia. Nosotros creemos que representan mucho más que una opinión de M. Malraux. Nos parece que tienen un alcance universal, en la misma medida en que nos parecen confirmar e ilustrar magistralmente lo que cada uno puede y debe saber del espíritu fundamentalmente dialéctico de la Revolución-Espíritu que, exceptuada la menor pretensión de alcanzar la verdad de un cierto orden de cosas, no siente la menor curiosidad por todo lo demás. Nos referimos a esa curiosidad exterior que nunca llega al término porque no se interesa más que en el juego de las fuerzas, en los juegos de una negación permanente de los valores más seguros.

El espíritu revolucionario no ha cambiado nada. Ya Jaurés pretendía que: "lo que hay que salvaguardar ante todo, lo que constituye el bien inestimable conquistado por el hombre a través de todos los prejuicios, todos los sufrimientos y todos los combates, es esa idea de que no hay una verdad sagrada (...), que una secreta rebelión debe mezclarse en todas nuestras afirmaciones y en todos nuestros pensamientos, que si el ideal mismo de Dios se hiciera visible, si el propio Dios se levantara ante las multitudes en forma palpable, el primer deber del hombre sería negarse

a obedecer y considerarle como un igual con quien discute, no como al Maestro a quien se aguanta...”.

Y Richard Dupuy, a su vez, el 20 de julio último (3), en la Convención anual de la Gran Logia de Francia: “Nosotros, los francmasones, sabemos de ciencia segura que (la “*contestación*”) ¡somos nosotros! El método masónico es el perpetuo replanteamiento de lo que está adquirido. La “*contestación*” es la certeza que tenemos, en lo más profundo de nosotros mismos, por nuestra iniciación tradicional, que somos incapaces de enunciar de una vez para siempre una verdad eterna, una verdad absoluta, pero que somos capaces de descubrir la verdad a condición de que tengamos la voluntad de buscarla perpetuamente y de replantear las certidumbres a las que estábamos asidos la víspera”.

¿Pero qué respeto pueden, pues, merecer esas certezas de paso, de las cuales únicamente se sabe con certeza que no son ciertas, y que mañana serán echadas al fuego como hierba seca? ¿Qué obligación razonable (y, por tanto, qué obligación moral) pueden conllevar? ¿Sería prudente orientar toda una vida según unos principios llamados a cambiar de un año a otro? En efecto, mejor que exaltar la verdad de hoy, ¿quién no ve la ventaja de presumir de precursor y de proponer, al tiempo que la servimos sin demora, la verdad de mañana o de pasado mañana? Dicho de otro modo, proponer o servir, todo lo que los apetitos o las pasiones de hoy día pueden concebir en ambiciones y licencias futuristas.

Es evidente que las ambiciones y licencias futuristas son ciertamente más fáciles de suscitar en el seno de los pueblos ya bastante cultivados que entre los salvajes, preocupados del único problema de su próxima comida.

Consecuentemente, es fácil comprender la importancia táctica de esta fórmula de Mao: “la cultura revolucionaria es para las masas populares un arma poderosa”.

Arma poderosa, en efecto, porque a pesar de su repulsa de toda

(3) De 20 de julio de 1968.

verdad permanente es capaz de utilizar el fermento dialéctico de un saber enciclopédico...

Verdadera "aristocracia del nihilismo", según la excelente formulación de Amédée D'Andigné.

Forma suprema de la "Revolución" hoy en día.

Habilidad enciclopédica que nos ha dicho André Petitjean corresponde tan bien a lo que la Revolución tiene de fundamental que debería ser superfluo recordar que fue precisamente por la publicación de una enciclopedia..., precisamente ¡de "la Enciclopedia"! que pudieron reconocerse y agruparse, en el siglo XVIII, las fuerzas subversivas.

Curioso fenómeno, se pensará, que ese esfuerzo aparente de una intensa persecución de un saber universal, sea al mismo tiempo una inmensa empresa de puesta en duda y de escepticismo.

Prueba de que la sabiduría está menos en el conocimiento, aunque sea enciclopédico, de las cosas que en la inteligencia y el amor del verdadero orden de las cosas. Lo cual supone, claro está, el conocimiento de los principios que de lejos y de arriba regulan este orden.

Maurras lo dijo en una página admirable que podría servir de resumen a una buena parte de lo que Thibon nos ha dicho ayer tarde sobre lo "desmedido": "Toda cantidad es susceptible de acrecentarse nuevamente, todo número de aumentarse indefinidamente. Lo maravilloso, lo sublime, lo grandioso o lo enorme es que todo cuanto depende de la cantidad o del número de los elementos utilizados no puede proporcionar a la avidez del hombre más que decepción. Una torre o una columna de cien pies puede ser elevada otros cien pies, que a su vez pueden multiplicarse de la misma manera. ¿Qué es, pues, ese progreso solamente material? Cuanto más se infla, más excita, desesperándonos, nuestros deseos".

¡Sí! Y nuestra generación sabe algo de esto. Esta especie de deseo crece siempre y, con él, la pena, los compromisos y la inquietud... "Carrera absurda y sin fin hasta que se experimenta el sentimiento de la infinita vanidad de todo", como decía Leopardi, evocado ayer por Thibon.

“Pero, aun cuando han sentido esta vanidad de las búsquedas, los griegos no quieren admitir que sea infinita...” (perpetua, sin tregua, y ocasión de que una “contestación” permanente...). “Un rayo de razón sobrehumana o divina les hace experimentar que el bien no está en las cosas, sino en el orden de las cosas, que no está en el número, sino en la composición, y que, en manera alguna se refiere a la cantidad, sino a la calidad...”

Pero a partir del momento en que se ha perdido ese sentido del SER, del que no puede dejar de depender la idea misma de calidad, desde el momento en que se ha perdido el sentido de la verdad, esta última forma del marxismo que es la “revolución cultural” se convierte en la gran tentación, por poco que se haya conservado un cierto sentido de la coherencia dinámica.

A partir del momento en que ya no hay, como antes pretendía André Malraux, ni significación del hombre, ni significación del mundo, cuando el hombre deja de estar fundado en Dios...; desde el momento en que no se cree ya que exista lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo bello y lo feo, la revolución cultural presenta la peligrosa seducción de una interpretación dinámica del universo, una visión aparentemente completa del mundo.

Su perversión, su carácter “intrínsecamente perverso”, radican en que esta visión es, como acabamos de ver, radicalmente falсеada desde su principio.

Un universo que no es visto, pensado y juzgado en función de unas verdades a conocer, a respetar o a servir, sino un universo visto, pensado y juzgado en valores de fuerza, de poderío.

Albert Camus lo dice al principio de su libro *L'Homme révolté*: “No siendo nada verdadero ni falso, bueno o malo, la regla será mostrarse el más eficaz, es decir, el más fuerte.”

Y mucho antes que Camus, Jean Weber —en 1894, en un número de la *Revue de Metaphysique et de Morale*— había escrito: “Frente a las morales de ideas, esbozamos la moral, o más bien el amoralismo, del hecho... Llamamos “bien” a lo que ha triunfado. El éxito, con tal de que sea implacable y siniestro, con tal de que el vencido quede bien vencido, destruido y abo-

lido sin esperanza. El éxito justifica todo... El deber no está en ninguna parte y está en todas, porque todas las acciones se valoran en absoluto.”

Estos principios han seguido su camino.

Tanto es así que a partir del momento en que se ha barrido aquello por lo cual el hombre puede convencer no le queda más que la obligación de vencer a toda costa. El revolucionario marxista —lo mismo si pertenece al partido comunista moscovita que a la nueva ola de los *enragés*—, es, precisamente, un hombre que no cree en la verdad de nada, pero al que obsesionan la fuerza, la transformación, la puesta en obra... “enciclopédica” de todo. Tanto de las cosas materiales como de las espirituales...

Nos habrá costado cara la ignorancia de haber creído tanto tiempo que el marxismo era un materialismo vulgar, poco ocupado de las cosas del espíritu, de las cosas de la cultura y aun de las de la religión.

La realidad es que en todas las cosas: cosas del espíritu, cosas de la cultura, cosas de la religión —y sobre este último punto la experiencia del progresismo y de nuestros clérigos revolucionarios es dolorosamente probatoria—, la tal Revolución disuelve todo lo que puede ser sustancia de verdad y no conserva más que el aspecto superficial, el aspecto evolutivo, el aspecto perpetuamente cambiante —y por tanto “contestable”—, de los seres y de las cosas.

* * *

Creemos que esto es lo que importa saber distinguir. Porque esto es el espíritu, esto es lo esencial de esta “revolución cultural”, cuya marea parece sumergir al mundo de hoy.

¿Qué respuesta tenemos para esto? ¿Qué tenemos que oponerle?

¿Qué es lo que nos es específico?

Digámoslo de una vez: frente a esta cultura que, al contrario que una frase célebre de Bossuet, está toda ella hecha de una ciencia que no ofrece nada que amar; que no hace adherirse a

nada; que no se propone nada ni sirve a nadie...; ciencia que impele a "contestarlo" todo incansablemente... Frente a esta cultura— de la cual no puede dejar de tener alguna significación misteriosa que Malraux haya espontáneamente evocado, a propósito suyo, "un rostro de muerto"—. ... Frente a esta cultura, contra esta cultura, tenemos en primer lugar, tenemos por encima de todo, que oponer la pasión por la verdad, condición elemental del amor al bien y de la persecución incansable de lo bello.

Lo que es tanto como decir que tenemos que volver a encontrar los verdaderos principios, que tenemos que volver a aprender a sacar conclusiones, que tenemos que volver a dar a las nociones de orden, a las nociones de armonía y de calidad el sitio que les pertenece: uno de los primerísimos.

En nuestro plano —plano de combate de los laicos, que somos—, podemos aportar la única respuesta capaz de trascender de las dos clases de totalitarismo, de las dos especies de socialismo que, durante ciento cincuenta años, han sido y siguen siendo la tensión del mundo: socialismo utópico, de una parte, y, de otra, el socialismo dialéctico de Marx...

El socialismo utópico —o socialismo de Saint Simon, a lo Fourier...— porque a juicio del propio Henri Lefèvre: "Saint Simon, Fourier, Louis Blanc, Proudhon... se quedaron en utópico, construyendo imaginariamente una sociedad ideal" (4)...; el socialismo utópico es esa variedad de socialismo que propone un tipo de ciudad, o una fórmula de organización social o económica, como recetas soberanas y definitivas para la felicidad universal aquí abajo.

Tipo ideal concebido de una vez para siempre. Es curioso observar que el propio Marcuse, por dialéctico que sea, nos propone uno a su manera, cuando apelando precisamente a Fourier, nos propone su ideal de civilización erótica.

Tipo ideal de sociedad, presentado a modo de término, de cumbre definitiva, cumbre concebible de la felicidad humana.

Como si la historia nos demostrara que las concepciones más

(4) Cfr. *Le Marxisme*, Bordas Edit., París.

clarividentes, convertidas en recetas sociales, nunca han tenido una duración superior a un número irrisorio de años.

Como si no fuera evidente, desde la República de Platón, que todos los sistemas propuestos de sociedad ideal resultan ridículos y parecen insensatos en el más corto plazo.

Imaginémoslo. ¿Qué político, o sociólogo, por sutil que se le suponga, hubiera podido concebir, durante el reinado de Luis XIV, por ejemplo, una fórmula social capaz de adecuarse, sin estallar, a las exigencias sociales que hoy día conocemos?

¿Acaso Víctor Hugo no ha caído en el ridículo por tantas profecías grotescas sobre un siglo xx, del cual, a pesar de todo, podía ver los signos precursores?

Así pues, contra las tonterías de esos utopismos se acabaría casi por admitir la reacción marxista del socialismo dialéctico, tan bien formulada por aquel maestro de Lenin que fue Plekhanov:

“Marx —nos dice este último— introdujo en el socialismo el método dialéctico, asestando así un golpe mortal al utopismo... Ya en *Miseria de la Filosofía* se encuentra este reproche significativo y característico [de Marx] dirigido a Proudhon: El señor Proudhon ignora que la historia entera no es otra cosa que una modificación constante de la naturaleza humana.”

Que es como decir que, al contrario del ideal más o menos fixista del utopismo, el socialismo dialéctico de Marx, de Lenin, de Mao, de Marcuse (o de la “revolución cultural” que hoy se le atribuye) tiene por suprema ambición una voluntad de “contestación” permanente y universal. “Contestación” que, a su vez, no puede dejar de ser la manifestación de una transformación, de una revolución constante. Porque ante semejante concepción de la vida en sociedad, “no hay nada definitivo, ha dicho Engels, nada absoluto, nada sagrado. Muestra la caducidad de todas las cosas, y para ella no hay nada más que el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio, de la ascensión sin fin de lo inferior a lo superior, de la cual ella misma no es sino el reflejo en el cerebro que piensa. Tiene, es verdad, un aspecto conservador. Reconoce la justificación de ciertas etapas de desarrollo del conocimiento y de la sociedad para su época y sus condiciones, pero

solamente en esa medida. El conservatismo de esa manera de ver es relativo, pero su carácter revolucionario es absoluto. Lo único absoluto, por otra parte, que ella deja prevalecer.

* * *

Ahora bien, frente a esos dos socialismos, frente al ideal fijo de uno, frente a la voluntad de revolución permanente del otro, ¿qué propone la doctrina cristiana?

Propone dos cosas. Dos cosas que, respectivamente, responden a las dos tesis evocadas.

En primer lugar, recuerda, contra la dialéctica marxista, la objetividad del conocimiento humano, es decir, la posibilidad para esta inteligencia de alcanzar lo esencial, de llegar a una verdad inmutable, auténtico punto fijo, criterio seguro y permanente para nuestras principales actuaciones. Inteligencia de un orden de cosas, de una ley natural, fundamentos de una moral cuyas normas serán tan verdaderas mañana como lo fueron hace dos mil años y permanecen verdaderas hoy.

Lo cual no quiere decir que a la manera de los socialismos utópicos este conjunto de verdades estables determine un tipo ideal fijo de sociedad humana. Sería más bien comparable a ese conjunto de principios o de leyes que constituyen lo esencial de lo que un arquitecto, por ejemplo, debe saber y tiene el deber de respetar si se preocupa de que la casa que construye no se derrumbe incontinentemente. Principios o leyes que, lejos de constreñir al arquitecto a la construcción de un tipo único de casa, le sirven lo mismo para la edificación de una catedral que para la de una fábrica, para la edificación de un pequeño pabellón como para la de un palacio, tanto para la edificación de un *bungalow* de una planta como para un rascacielos que dé vértigo.

Lo que la sabiduría cristiana nos propone en el orden temporal no es, pues, ni un tipo ideal de sociedad, ni, ciertamente, una dialéctica concebida para un perpetuo replanteamiento de todo. Lo que la sabiduría cristiana nos propone, ofrece, a la vez, la agilidad indispensable para los progresos perpetuos de la sociedad

y el indispensable rigor de principios suficientemente estables para que no sea insensato hacer de ellos la regla de toda una vida.

Los grandes principios, las grandes constantes del orden humano, he ahí lo que San Pío X llama "La Ciudad Católica", y no a tal tipo estancado de sistema social definido de una vez para siempre.

Por eso, el propio San Pío X no vaciló en escribir en *Il fermo propósito...* "Hoy es imposible restablecer bajo la misma forma todas las instituciones que han podido ser útiles e incluso las únicas eficaces en los siglos pasados, tan numerosas son las modificaciones radicales que el curso del tiempo introduce en la sociedad la vida pública y tan múltiples las nuevas necesidades que las circunstancias cambiantes no cesan de suscitar. Pero la Iglesia, en su larga historia, siempre ha tenido ocasión, y en toda ocasión ha demostrado luminosamente que posee una virtud maravillosa de adaptación a las condiciones variables de la sociedad civil. Y, sin jamás rozar la integridad o la inmutabilidad de la fe y de la moral (...), se pliega y acomoda fácilmente, en todo cuanto es contingente y accidental, a las vicisitudes de los tiempos y a las exigencias nuevas de la sociedad."

Admirable ejemplo de la Iglesia, cuya lección se aplica a lo que ahora nos reúne aquí.

Lo que, por el contrario, no cambia, lo que es perdurable en la organización política, son "los fundamentos naturales y divinos" sobre los cuales San Pío X aseguraba una vez más que la ciudad católica era y debería ser "sin cesar..., a instaurar y a restaurar... contra los ataques siempre renovados de la *UTOPIA* malsana de la revolución y de la impiedad".

Cualquiera que pretenda trabajar en la restauración o en el perfeccionamiento del orden humano no podrá hacerlo fuera de las reglas que rigen ese orden: reglas naturales de la sociedad. Todo ensayo de perfeccionamiento contrario a esos principios fundamentales no es en realidad más que utopía, revolución y decadencia.

Y es porque nosotros mismos buscamos demasiado a menudo alcanzar una meta muy legítima, ciertamente, pero de manera

completamente ideal, sin tener en cuenta las vías ordinarias, más o menos ordinarias, más o menos trazadas en el orden de cosas —sin tener en cuenta los mediadores convenientes—, es por lo que nuestra acción nos resulta decepcionante, sin horizontes fecundos, totalmente exterior.

Así resulta que el bien que se hace a un cierto número de personas particulares, so pretexto de que la mayoría de los cuerpos sociales están gangrenados, es sin duda un bien, pero no es necesariamente un bien social. No son los individuos, por numerosos que sean, los que, como tales, y por el solo hecho de su aposición, constituyen la sociedad. La verdad es que la vida social radica en un conjunto de relaciones bastante más complejo. Relaciones entre un número considerable de instituciones grandes, medianas o pequeñas. Es un cierto orden, es la armoniosa combinación de ciertos intercambios, de ciertos servicios, de ciertas complementariedades entre una multitud de cuerpos sociales, de redes humanas, los cuales constituyen sólo ellos y en definitiva la vida social.

Cualquiera, pues, que se proponga actuar convenientemente en ese plano...; mejor dicho: cualquiera que se proponga tener una acción verdaderamente social y no una acción hecha con la mera aposición de influencias individuales, debe tener, no solamente el sentido de los fines supremos del orden humano en general, es decir, el sentido de lo esencial, de lo perdurable, sino también y no en menor grado el sentido de esas interacciones concretas, el sentido de su contingencia, de su variedad, de su eficacia.

Es un doble haz de caracteres que se imponen a nuestra acción como un doble juego de prescripciones imperiosas.

1.—Por una parte, prescripción de una seria formación doctrinal.

2.—Por otra, prescripción de recurrir, armoniosamente, a los mediadores naturales adecuados.

Los dos son necesarios.

Formación doctrinal seria: para tener un sentido justo de lo humano. Formación doctrinal seria para volver a encontrar aquello cuya desaparición ha sido proclamada con tanta segu-

ridad (como hemos visto) por André Malraux...; a saber: la "significación del hombre", la "significación del mundo" ... "Lo que responde al hombre cuando se pregunta qué hace sobre la tierra..."

Porque la verdadera doctrina responde a esto.

Por tanto, formación doctrinal sería para blindar el tesoro de nuestras certidumbres.

Formación doctrinal sería porque Pío XII ha dicho... "ines- table es el entusiasmo del solo sentimiento, superficial y efímero el fervor que procede de la costumbre. Si no se quiere que este entusiasmo se deshinché un día como un globo en las manos de un niño, es necesario que surja de una convicción clara y fuerte. Es necesario que tengáis del objeto de vuestra fe un conocimiento profundo y razonado. Es necesario que este objeto se os aparezca en el esplendor de su verdad, en su pureza, en su poderío, en la plenitud de sus exigencias. Es necesario que sepáis que la doctrina católica tiene la razón a su favor."

Formación doctrinal sería para ver a lo largo y a lo ancho, en grande..., para poder jugar con algo más que la operación única del día, con la virtud de un solo hombre, del golpe de *póker* de un solo acontecimiento.

Sin embargo, por preciosa, fundamental e indispensable que sea una formación seria, no basta, no puede bastar. Como no basta ni puede bastar la posesión de una excelente simiente, si, por otro lado, no se realiza nada para cultivar la finca cuya cosecha se espera.

En efecto, el cultivo de una finca es a la simiente, lo que la buena, la bienhechora acción cultural puede y debe de ser respecto de la formación doctrinal. Encarnando a ésta, introduciéndola en el humus de los mediadores naturales, fuera de los cuales nada puede ser duradero ni fecundo, sólo una sabia acción cultural puede permitir a la semilla doctrinal enraizarse y producir todos sus frutos.

Porque si es verdad que una cultura seria supone siempre, más o menos, algún elemento de doctrina, la experiencia nos prueba todos los días que una hipertrofia doctrinal puede muy bien

aliarse con una ignorancia profunda de las realidades concretas de la vida y de las exigencias de la acción. Defecto muy frecuente de esos doctrinarios puros, especialistas empedernidos de la abstracción, más hábiles en recordar fórmulas aprendidas de una vez para siempre, que en hacer penetrar en su alrededor la verdad de esas fórmulas.

Lo cual quiere decir que en nuestra empresa salvadora, por preciosa, por fundamental, por indispensable que sea la formación específicamente doctrinal, esta formación específicamente doctrinal no lo es todo... Y hay que estar muy ciego o muy ignorante para no saber distinguir, en cada esfera, esa parte de verdad que la doctrina formula más metódicamente... y esas otras lecciones, no menos preciosas, lecciones de historia, lecciones de la experiencia humana en todos los grados.

Método de "acción capilar".

Método de acciones plurales, multiformes. Complementarias, ciertamente, y, sin embargo, organizadas.

De lo cual, en lo que nos atañe, nacen ciertas reservas, ciertos silencios, ciertas ausencias, que ciertos amigos no parecen admitir ni comprender; hasta ese punto está arraigada en ellos la costumbre de no concebir la eficacia más que recurriendo a medios gregarios. Fórmulas más favorables al establecimiento de alguna notoriedad publicitaria que a una real y duradera fecundidad de la acción.

Esto sucede porque precisamente esas fórmulas son demasiado ideales, porque tienen un concepto demasiado universalista de las nociones doctrinales, que no corresponden sobre todo a las leyes de la vida (y, por tanto, de la resurrección), del verdadero orden social.

¡Ah! Qué seductor sería buscar la realización de grandes cosas sin tener que padecer sus servidumbres orgánicas, ni el peso psicológico de esos mediadores naturales de la acción política y social que son los grupos, asociaciones, cuerpos intermedios, periódicos, revistas, etc... Y qué fácil resulta hablar con simplicidad de la defensa del orden o de la fe, a partir del momento en que

uno no se trata en absoluto con los únicos medios y métodos que permiten hacer defensa eficaz y duradera.

Por el contrario, a partir del momento en que se tiene la preocupación de un resultado concreto, de un resultado duradero, el recurrir a los mediadores naturales idóneos se hace indispensable, con la cultura humana, intelectual y científica o técnica que este recurso implica.

Este trabajo es, ciertamente, mucho más lento que la formulación de una proclama o la organización de un congreso, aunque sea el de Lausanne.

Por tanto, nuestra acción cultural se apoya en un escrupuloso respeto a esos mediadores naturales, la mayoría de los cuales son los cuerpos intermedios y de cuya formulación en *stands*, *forum* y encuentros se ha pretendido que este congreso de Lausanne sea su imagen.

Acción educadora por excelencia porque está estrechamente subordinada a la naturaleza de las cosas. Naturaleza que, sin duda, impone innumerables servidumbres, pero que también ofrece mil posibilidades de salvar los obstáculos. Lo cual resulta tanto más difícil cuanto más se permanece en el plano universal de las lógicas puras.

Para quien, en realidad, no concibe la acción más que en forma de tesis a proclamar, es extremadamente peligroso el olvidar todo matiz concreto y de pasar de un salto de un extremo al otro.

Los que, por el contrario, saben apoyarse en el orden de las cosas ven sus recursos de acción decuplicados, diversificados al máximo.

En este juego, los agitadores se cansan porque el orden de las cosas siempre es lento y pesado de remover.

En este juego, los menos diplomáticos se refinan porque, por segura que sea la doctrina, no basta en el plano concreto de la naturaleza de las cosas ser lógico y verdadero. Hay que ser paciente. Tan pronto firme, como suave. Hábil para comprender a los hombres, para atrapar las ocasiones, para evitar las pifias.

Habilidad que la formación doctrinal no entrafía necesariamente, por sabia que sea.

Nadie duda de que un sentido exacto de lo posible (¡ esa fuerza decisiva en la acción !) es más fácil de adquirir por el cultivo de los mediadores naturales que en el plano de esas operaciones que por su universalidad tienden a desencarnar los caracteres esenciales. Por el contrario, la experiencia demuestra, como escribíamos recientemente, que siempre se encuentra en las realidades concretas, armoniosamente estudiadas, algún elemento feliz, alguna divina sorpresa, algún personaje providencial que permite salir de la crisis... sin compromiso doctrinal, sin excesivo quebranto de las instituciones.

A condición, ciertamente, de batirse bien, y en ese grado.

Porque (no es necesario decirlo después de lo que ha sucedido casi en todo el mundo desde mayo y junio últimos) se trata de un auténtico combate..., y ya no sólo de un simple testimonio ideal y platónico. Lucha humana concreta que exige que se pongan en práctica unas fuerzas juiciosamente organizadas, un aparato y un dispositivo adecuados.

¿ Estamos decididos a comprometernos en esta lucha debidamente, resueltamente, tal como se la debe de llevar ; teniendo en cuenta los caracteres del combate revolucionario moderno ; teniendo en cuenta igualmente la exigüidad de nuestro número y la debilidad de nuestros medios ?

Combate muy intenso, de calidad, de agilidad, de escrupulosa sabiduría, de santa habilidad, de astutos complementos.

La voz de alerta ha sido dada por Pío XII ya hace mucho tiempo : “ ; Es la hora de la acción ! ¿ Estáis dispuestos ? Los frentes preparados en el ámbito religioso y moral se delimitan cada vez más claramente : es la hora de la prueba. La dura carrera de la que habla San Pablo se ha iniciado : es la hora del esfuerzo intenso. Unos pocos instantes, nada más, pueden decidir la victoria.”

Ciertamente, es necesaria una tenacidad poco común en estos días tenebrosos para conservar intacta y viva en el fondo del corazón la virtud de la esperanza.

Pero es entonces, precisamente, cuando la comprensión de los valores permanentes viene a ser la gran fuerza y manantial del valor. Porque bien pobre y ridícula es esa especie de esperanza hecha principalmente de inconsciencia optimista y de euforia de humor.

Más que nunca es la hora de una adhesión tenaz a las certidumbres soberanas, no por el impulso del carácter de un temperamento afortunado, no por el efecto de alguna ilusoria complacencia en nosotros mismos, sino por la vinculación, aunque sea pobre y desnuda, a esas verdades permanentes tan alegremente rechazadas por la Revolución cultural, verdades que nos sobrepasan infinitamente y de las cuales debemos de ser los valedores devotos por muy inútiles que resultemos.

Son las únicas verdades que tienen las promesas de victoria y de eternidad.

En cuanto al honor, no puede estar más que en el servicio ardiente, escrupulosamente prudente, resueltamente hábil, irreductible, de los principios de orden justificados por la doctrina: simiente universal de las diversas culturas.

En cuanto a la felicidad... para todo corazón y espíritu recto, es, una vez más, ahí donde se encuentra; porque por indigno que pueda uno ser, nadie puede arrepentirse verdaderamente de servir a una causa mejor que sí mismo.

En cuanto a la victoria... cada uno sabe, desde San Pablo, que está en nuestra fe, en la santidad de esta causa, de esa fe cuyo símbolo hemos cantado al final de nuestros dos congresos precedentes... porque era "el año de la fe".

Mas si es verdad que ese año llamado "de la fe" ha pasado... ¿no es también evidente que estamos siempre, y hoy aún más, quizá, en la hora de la fe?

A esto se debe que no solamente hemos pensado que no debíamos suprimir el canto del Credo al final de estos tres días, sino que nos ha parecido necesario institucionalizarlo, es decir: hacer de él, de aquí en adelante, mientras Dios quiera, la moción final y permanente de nuestros trabajos actuales y futuros.

Os invito, pues, a cantar ese Credo.